

Historia 29—La Ascensión

La obra del Salvador en la tierra había terminado. Había llegado el momento de regresar a su hogar celestial. Había vencido, y nuevamente iba a ocupar su lugar junto a su Padre en su trono de luz y gloria.

Jesús escogió el Monte de los Olivos como el lugar de su ascensión. Acompañado por los once, se dirigió hacia la montaña. Pero los discípulos no sabían que aquella sería su última entrevista con su Maestro. Mientras caminaban, el Salvador les dio sus instrucciones de despedida. Justo antes de dejarlos, hizo aquella preciosa promesa, tan querida para cada uno de sus seguidores:

«He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20).

Cruzaron la cima, hasta las cercanías de Betania. Allí se detuvieron, y los discípulos se reunieron alrededor de su Señor. Rayos de luz parecían irradiar de su rostro mientras los miraba con amor. Palabras de la más profunda ternura fueron las últimas que cayeron sobre sus oídos de los labios del Salvador.

Con las manos extendidas en bendición, ascendió lentamente desde en medio de ellos. Mientras ascendía, los discípulos, sobrecogidos de asombro, miraban con ojos ansiosos el último destello de su Señor ascendente. Una nube de gloria lo recibió, ocultándolo de su vista. Al mismo tiempo, flotó hacia ellos la música más dulce y gozosa del coro angelical.

Mientras los discípulos aún miraban hacia arriba, voces que sonaban como la más rica música les hablaron. Se volvieron y vieron a dos ángeles en forma de hombres, que les dijeron:

«Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hechos 1:11).

Estos ángeles pertenecían a la compañía que había venido para escoltar al Salvador a su hogar celestial. En simpatía y amor por los que quedaban abajo, se habían quedado para asegurarles que esta separación no sería para siempre.

Cuando los discípulos regresaron a Jerusalén, la gente los miró con asombro. Después del juicio y la crucifixión de su Maestro, se había pensado que aparecerían abatidos y avergonzados. Sus enemigos esperaban ver en sus rostros una expresión de tristeza y derrota. En lugar de esto, solo había alegría y triunfo. Sus rostros brillaban con una felicidad no nacida de la tierra. No se lamentaban por esperanzas frustradas, sino que estaban llenos de alabanza y acción de gracias a Dios.

Con regocijo contaban la maravillosa historia de la resurrección de Cristo y su ascensión al cielo, y su testimonio fue recibido por muchos.

Los discípulos ya no tenían ninguna desconfianza respecto al futuro. Sabían que el Salvador estaba en el cielo y que sus simpatías seguían con ellos. Sabían que estaba abogando ante Dios los méritos de su sangre. Mostraba al Padre sus manos y pies heridos, como evidencia del precio que había pagado por sus redimidos.

Sabían que volvería otra vez, con todos los santos ángeles con él, y esperaban este evento con gran gozo y anhelante anticipación.

Cuando Jesús desapareció de la vista de sus discípulos en el Monte de los Olivos, fue recibido por una hueste celestial que, con cantos de gozo y triunfo, lo escoltó hacia arriba.

En los portales de la ciudad de Dios, una compañía innumerable de ángeles espera su venida. Cuando Cristo se acerca a las puertas, los ángeles que lo escoltan, en tonos triunfantes, se dirigen a la compañía que está en los portales:

«Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,

Y alzaos vosotras, puertas eternas,

Y entrará el Rey de gloria».

Los ángeles que esperan en las puertas preguntan: «¿Quién es este Rey de gloria?»

Esto dicen, no porque no sepan quién es, sino porque desean oír la respuesta de alabanza exaltada:

«Jehová el fuerte y valiente,

Jehová el poderoso en batalla.

Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,

Y alzaos vosotras, puertas eternas,

Y entrará el Rey de gloria».

Otra vez los ángeles que esperan preguntan:

«¿Quién es este Rey de gloria?»

Los ángeles escoltas responden en melodiosos acentos:

«Jehová de los ejércitos,

Él es el Rey de gloria» (Salmo 24:7-10).

Entonces los portales de la ciudad de Dios se abren de par en par, y la multitud angélica atraviesa las puertas en medio de una explosión de música extática.

Toda la hueste celestial espera para honrar a su Comandante que regresa. Esperan que ocupe su lugar en el trono del Padre.

Pero aún no puede recibir la corona de gloria y el manto real. Tiene una petición que presentar ante el Padre concerniente a sus escogidos en la tierra. No puede aceptar honor hasta que, ante el universo celestial, su iglesia sea justificada y aceptada.

Pide que donde él esté, allí estén también los suyos. Si ha de tener gloria, ellos deben compartirla con él. Los que sufren con él en la tierra deben reinar con él en su reino.

Por esto Cristo intercede por su iglesia. Identifica sus intereses con los de ellos y, con un amor y una constancia más fuertes que la muerte, defiende los derechos y títulos comprados por su sangre.

La respuesta del Padre a esta súplica se manifiesta en la proclamación: «Adórenle todos los ángeles de Dios» (Hebreos 1:6).

Gozosamente, los líderes de la hueste celestial adoran al Redentor. La compañía innumerable de ángeles se postra ante él, y los atrios del cielo resuenan y reverberan con el alegre clamor:

«Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza» (Apocalipsis 5:12).

Los seguidores de Cristo son «aceptos en el Amado». En presencia de la hueste celestial, el Padre ha ratificado el pacto hecho con Cristo, de que recibirá a los hombres arrepentidos y obedientes, y los amará así como ama a su Hijo. Donde está el Redentor, allí estarán los redimidos.

El Hijo de Dios ha triunfado sobre el príncipe de las tinieblas, y ha conquistado la muerte y el pecado. El cielo resuena con voces en sublimes acentos que proclaman:

«La bendición, el honor, la gloria y el poder sean al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 5:13).